

Necesidad de Dios

Por MIGUEL MOLINA

En la proximidad de la Semana Santa, —conmemoración del hecho más importante y trascendente de la historia del hombre—, viene a la memoria aquélla especial exclamación que, como vigía situado en la elevada atalaya del pensamiento, lanzara un admirado filósofo: ¡Dios a la vista!

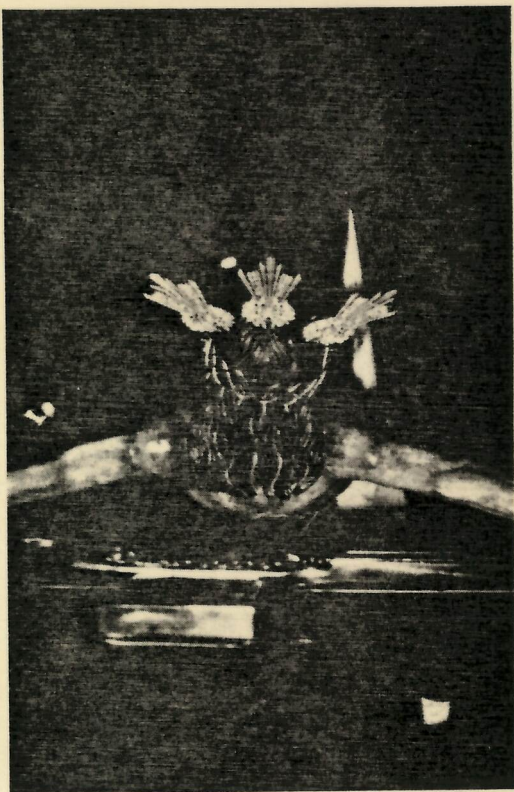


Foto José A. Molina Salamanca

Estas palabras resultan singularmente atractivas y sugerentes porque, sin duda, se nos han escapado más de una vez, con explosiva alegría, después de agitada navegación sobre el mar proceloso, turbulento, de este mundo,

al avistar la consistencia y firmeza que El representa para alcanzar el sosiego o ahuyentar el miedo. Podremos estar, durante largo tiempo, de espaldas, olvidarnos de su invisible presencia con el cotidiano trajín, absortos y alienados por mil distintos reclamos que solicitan nuestra atención y esfuerzo, o que se nos ofrecen de forma incesante y fascinadora; podremos alcanzar todos los objetivos que nos trazamos y llegar a las metas deseadas; podremos triunfar siempre —lo que resulta problemático y difícil—; podremos, por el contrario, ser víctimas de fracasos, desengaños, frustraciones, sin razones que los justifiquen y que nos arrojarán a la inútil rebeldía... Pero, al final, tendremos que plantearnos la inevitable interrogación del objeto, del porqué de todo ello. Y otearemos el horizonte ensombrecido a la búsqueda, inquietos y acongojados, de indicios o rastros de cual sea, en verdad, la explicación de este desconcertante mundo y de este extraño suceso, trágico y gratificante, que nos acontece: vivir. Sentimos, entonces, la necesidad imperiosa de que el hecho de existir, con todo lo que comporta; no sea el sueño de un puñado de materia que, por raro azar, adquirió la sorprendente facultad de pensar y creer que era algo más que materia; precisamos, con urgencia, hallar una esperanza de seguir siendo, un asidero a la eternidad, una estación terminal, un puerto donde desembarcar nuestra pobre humanidad cansada y triste: necesitamos a Dios.

Y, afortunadamente, nunca se muestra esquivo, jamás se esconde cuando se le llama con ansiedad; nuestros ojos asustados acaban siempre por vislumbrarlo. Y en ese momento, como náufragos desesperados, se escapará el grito emocionado: ¡Dios a la vista!